

Invest Medicoquir. 2015 (julio-diciembre);7(2):180-1.

ISSN: 1995-9427, RNPS: 2162

EDITORIAL

Para no perder el humanismo en la medicina moderna

Julio César Hernández Perera

Doctor en Ciencias Médicas. Especialista de I y II Grado en Medicina Interna. Profesor Titular de la Universidad de Ciencias Médicas de La Habana. Investigador Auxiliar.

Centro de Investigaciones Médico Quirúrgicas. La Habana. Cuba.

Al remontarnos en los principios de la Medicina acertaríamos en decir que los orígenes de esta ciencia se iniciaron en el mismo momento que surgió la sociedad: siempre las personas han ambicionado indagar con perseverancia la curación de todas sus dolencias.

Partiendo de esta probabilidad histórica y sin que constara una evidencia fidedigna, podemos apuntar que desde sus inicios el Hombre observaba y se inquietaba cuando uno de sus semejantes sufría y necesitaba ayuda; entonces, trataba de aliviar sus males. Los datos más antiguos fueron recolectados en civilizaciones de antaño como las egipcias recordemos el papiro de Ebers, por citar solo un ejemplo.

Nuestros profesores nos han enseñado que un buen médico generalmente se relaciona con el paciente a través de una actitud altruista, con un buen tacto, compasión y comprensión y de esta forma es capaz de evocar en ese enfermo optimismo, confianza, seguridad y esperanza. Este puede ser la esencia del aspecto más sensible y humano de la Medicina que no ha variado a lo largo del tiempo.

Sin embargo, este humanismo, catalogado por muchos como «puro», sufre en la contemporaneidad un grave peligro y crisis.

Es incuestionable que los grandes avances de la Medicina moderna están marcados por el perenne desarrollo tecnológico de la informática y de las comunicaciones, todas acompañadas de infinitas posibilidades. Así se ha ayudado a mejorar las condiciones de vida y la expectativa de vida de los seres humanos. Estos mismos progresos son, asimismo, garantes de un gran riesgo en los albores del siglo XXI.

La convicción en la capacidad de la tecnología ha sido desatinadamente sobrevalorada por quienes celebran prodigar el razonamiento médico a equipos sofisticados y delegar el estudio clínico a computadoras: piensan que la función del médico es ordenar procedimientos técnicos y descifrar sus hallazgos sin que medie lógica alguna, como si fueran los números dispersos de un sudoku sin solución. Hay quienes profesan que la tecnología hace anticuadas las opiniones de los médicos, que el juicio clínico está varado en el ayer, mientras que la tecnología se basa en progresos contemporáneos que son la antítesis de la experiencia.

Se suma, al mismo tiempo, otros peligros mayores como el culto al dinero, el consumismo y la atracción por la alta tecnología, capaces de deteriorar en no pocas ocasiones la relación médico-paciente, al punto de llevarla a un intercambio distanciado e insensible.

En muchas partes del mundo se reportan con mayor frecuencia una especie de desaparición de la sensibilidad en el médico. Se ha llegado a decir, además, que el médico del pasado era más humano, comprensivo, considerado y consciente de las necesidades afectivas y espirituales del paciente.

Por eso es muy importante inculcar en nuestros estudiantes de medicina que esta ciencia y el arte de curar, a la que dedicarán sus futuras vidas, tiene en su esencia una palabra primordial que se antepone ante todo, el humanismo: algo que jamás se debe perder y que no debe anteponerse a ambiciones personales ni fines mercantiles.